

Una tarea en proceso en la educación superior: enseñar a los alumnos a pensar

El cambio es la ley inapelable de las épocas y las edades; no es de extrañar que todos los ingredientes del aspecto social del ser humano también lo sean, en el amplio conjunto de las cosas; la educación superior no es ni será una excepción a esa regla. El siglo XXI ha traído en su configuración un conjunto de tendencias que son cada vez más inteligibles, en la misma medida en que son expuestas a mayores escenarios y a la multiplicidad de sus actores.

El mundo de hoy ha asumido la globalización en casi todos los aspectos –la política, la economía, la sociedad, los deportes y hasta los más inimaginables y recónditos senderos del quehacer humano–, a través de la irrupción de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). La revolución de la comunicación ha convertido los hechos, la historia y la cultura de cualquier rincón del planeta en patrimonio común, por la alta visibilidad, compartimiento, transferencia e interpretación de la información.

Ahora más que nunca se hace difícil alcanzar una visión holística del conocimiento humano. Se vive una época de particular necesidad de

Rafael Vásquez Espínola

Doctor en Filosofía –Cum Laude–, en la Universidad del País Vasco (UPV), 2014; Máster Oficial en Filosofía en el Mundo Global, en la misma universidad (2011); Maestría en Enseñanza Superior, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), 2006; Especialidad en Comando y Estado Mayor Conjunto, en el Instituto Superior para la Defensa (Insude), 2009; Licenciatura en Educación Mención Letras –Magna Cum Laude–, en la Universidad Dominicana (O&M), 2003. Diplomado en Alta Gerencia, en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (Intec), 2009; Diplomado en Economía para no Economistas y Diplomado en Relaciones Internacionales y Comercio Exterior, ambos en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (Pucmm)), 2009.

En cuanto a su experiencia laboral, es profesor en la Universidad APEC desde el 2011; en la Universidad Dominicana O&M, desde el 2004; y en el Instituto Superior para la Defensa, desde el 2010. Ha publicado varios artículos en universidades locales e internacionales y es coautor del libro *Origen y evolución de la Academia Militar Batalla de las Carreras*. También ha participado en varias conferencias regionales: Conferencia Regional sobre Migraciones, México, noviembre 2015; Conferencia de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), Salvador, noviembre 2015; Conferencia de Ejércitos Americanos, Colombia, 2014; Conferencia “Más allá del Horizonte”, San Antonio, Texas, EE. UU., 2013; y Conferencia Key West sobre Seguridad Regional, Miami, EE. UU., 2013.

fomentar la competitividad en el ambiente profesional. La educación superior ha avanzado en progresión geométrica; sin embargo, aún hay temas que están en proceso de solución y uno de ellos es, por ejemplo, el que plantea este artículo: enseñar a pensar.

A partir de este planteamiento, se considera determinante enfatizar los cambios que hay que propiciar para construir un nuevo paradigma que sitúe a los egresados de las universidades con la preparación necesaria para enfrentar los retos del presente y del futuro. Hay que trabajar por la construcción del conocimiento a partir de realidades concretas en los aspectos cultural, social y económico; por ende, hay que fortalecer y crecer a través del aprendizaje permanente. No hay cultura sin cerebro humano –dotado con habilidades para actuar y aprender–. La mente humana es un surgimiento que nace y se afirma en la relación cerebro-cultura (Morin, 1999, p. 25).

En este artículo se presentan algunos enfoques basados en los cambios con los que se puede incidir en la educación superior, sobre todo en la metodología de la enseñanza; ideas expuestas por especialistas sobre cómo enseñar a pensar a los alumnos desde las aulas, y algunas sugerencias para aplicar en las clases desde la óptica de la investigación.

Una época de cambios para la educación superior

Cambios en la metodología de enseñanza. Para producir los cambios que necesita el presente siglo, se requiere que el docente adopte la posición de facilitador y permita que el aprendizaje

sea una experiencia en la que el estudiante tenga una participación importante en el proceso. El hecho de asumir ese rol coadyuva al desarrollo de las capacidades de los alumnos. Con el equipo de gestión, también hay que promover que los contenidos de los programas estén bajo estándares vanguardistas respecto de las demandas de la sociedad, además de poseer la capacidad instalada necesaria para generar esos cambios.

Es también de alto relieve la metodología de evaluación para construir un proceso cada vez más relacionado con la realidad que afrontarán los egresados y la adopción de actividades de aprendizaje que incentiven la creatividad autodidacta, el trabajo en red de colaboración o en equipo, la búsqueda de soluciones innovadoras y la toma de decisiones para resolución de problemas. Se sugiere asumir un reaprendizaje y adoptar nuevos paradigmas. También asumir una ruptura definitiva que optimice la forma de desarrollar el pensamiento, para así concebir las nuevas metodologías de enseñanza y aprendizaje.

Es importante la promoción de planes de estudios de carácter multidisciplinario. Por supuesto, el profesor no puede desarrollar esos procesos sin la anuencia y apoyo del equipo de gestión institucional. Hay que impulsar enfoques basados en la resolución de problemas, la reflexión crítica, el metaconocimiento, los ambientes colaborativos, el trabajo en equipo y las competencias fundamentales para configurar una nueva agenda educativa para las presentes y futuras generaciones. Promover esos cambios

constituye parte de los desafíos de los diferentes actores.

En el ámbito académico se habla de Pedagogía 3.0, en la que se destaca la participación, el aprendizaje colaborativo, el aprendizaje autodidacta, el descubrimiento de oportunidades y emprendimientos, la innovación, el uso atinado y productivo de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones y otros temas que configuran la construcción de una ciudadanía global. Esos son planteamientos que no se deben obviar en los planes operativos de las instituciones de educación superior, por el impacto que tienen.

Con relación a esa última idea, se plantea la importancia de lograr la participación plural de todos los implicados en el proceso de enseñanza y aprendizaje, al señalar que “el mercado laboral se transforma a gran velocidad a raíz de dinámicas de innovación permanente y es muy difícil evitar la impresión que el desfase entre sus exigencias y la formación ofrecida por la escuela sigue aumentando [...]” (Amadio, Operto y Tedesco, 2014, p. 2).

El interés por la calidad de la educación superior a nivel mundial –especialmente en América Latina y el Caribe– tiene mayor preponderancia cuando entidades como la Unesco estudian con devoción la temática, basados en el interés común. El cambio es la única constante que no se puede evadir; todo cambia y, si todo cambia, los seres humanos también. Se puede cambiar la manera de ver las cosas y adaptarlas a las nuevas posibilidades que esa conmutación ofrece.

Si una organización no logra inspirar a sus gestores, y estos a su vez a las generaciones que se ciernen en las aulas con sus genuinas aspiraciones de bienestar y progreso, esa institución dejará de ser relevante para ellas.

Cada día los estados asumen con mayor énfasis el interés por la calidad de la educación y su relevancia para el futuro, y es por eso por lo que en cada encuentro en los últimos años se incrementa la búsqueda de soluciones. En ese sentido, se destaca un aspecto importante: “En el mundo, el conocimiento es poder, y la educación empodera. La educación es una parte fundamental para el desarrollo, para brindar a las personas la capacidad de decidir su propio destino. Por eso, la oportunidad de recibir educación es clave para el desarrollo humano” (Clark, 2016, p. 12).

Sobre la renovación desde el salón de clases, cabe reiterar sin embargo que se debe incluir a otros actores que juegan un papel preponderante. “El cambio debe llevarse a cabo no solo en el interior de las aulas, las escuelas y la administración central, sino también fuera: en la cultura, los sistemas, las políticas y las estructuras que modelan y apoyan lo que sucede en el aula” (Scott, 2015, p. 18). En ese sentido, se cuestiona sobre cuáles serían los ajustes para la educación en un futuro próximo. Eso significa que el rol docente es fundamental, por el impacto que ejerce sobre los alumnos. A su vez, los docentes deben procurar el aprendizaje permanente ya que también serán inspiradores, mediadores, guías, coordinadores de aprendizaje, diseñadores y recopiladores de herramientas de aprendizaje.

Enseñar a los alumnos a pensar, desde las aulas. Hay una literatura amplia respecto al tema de enseñar a pensar; y es obvio que para entender esa idea hay que recurrir al concepto del pensamiento crítico, que es fundamental para abordar la temática porque, de otro modo, puede producir confusión. En el Informe Delphi (citado en Águila, 2014) se plantea que “los filósofos y los educadores coinciden, desde hace mucho tiempo, en la importancia del Pensamiento Crítico; pero no han podido ponerse completamente de acuerdo sobre en qué consiste y mucho menos concuerdan en cómo enseñarlo” (p. 70). En dicho informe se hace hincapié en que el pensamiento crítico es el juicio autorregulado cuya finalidad es la interpretación, el análisis, la evaluación y la inferencia.

Por consiguiente se colige que, en los actuales tiempos de innovación y lucha por la calidad de la educación, enseñar a pensar desde las aulas universitarias abre una brecha para reclamar el rol del docente. No todo está bien, desde la perspectiva de muchos profesores que notan que sus alumnos no razonan cuidadosamente a la hora de producir inferencias –si logran hacerlas– sobre los aspectos académicos, en el salón de clases. En los trabajos orales y escritos se observan limitantes para desarrollar un pensamiento crítico.

Sin embargo, Dewey (como se cita en Caparros, 1998) refiere que el pensamiento reflexivo “siempre es conjetura, selección de hipótesis, comprobación crítica, experimentación, búsqueda imaginativa de lo nuevo, curiosidad permanente”. Otra definición plantea que reflexionar es

cuestionar lo que se hace, abrir nuevas opciones o alternativas; por tanto, lo que se concibe es “susceptible de reflexión en cualquier ámbito de la vida y, especialmente, en las aulas universitarias” (Tallaferro, 2006, p. 271).

Se puede decir que ninguna estrategia para enseñar a pensar desde las aulas universitarias está aislada de la motivación, el entusiasmo y la iniciativa; sin embargo, como dice Mora (2019), hay otros aspectos importantes, por ejemplo: la enseñanza es limitada si no está influida por la emoción. No se trata de estimular las emociones en el aula, sino de enseñar con emoción. El profesor excelente siempre es capaz de transformar cualquier concepto en algo interesante.

Enseñar a pensar a los alumnos no significa que ellos no piensen; por el contrario, implica aprovechar ese potencial que tienen para guiarles hacia una mejor comprensión de lo aprendido, lo que a su vez posibilita el desarrollo del pensamiento crítico, reflexivo y analítico. Con relación al pensamiento, Saiz (2002, p. 7) plantea que se define como toda habilidad intelectual que permite lograr los resultados deseados del modo más eficaz. También Águila (2014) afirma que el pensamiento “infiere, supone, analiza y evalúa; emite juicios, razona, reflexiona; busca soluciones, toma decisiones; opina, argumenta; construye, conceptualiza; procesa, describe, interpreta, agrupa y ordena, categoriza” (p. 37).

Para continuar el aporte a la comprensión del tema que se aborda, el Diccionario de la RAE (2013) plantea algunas definiciones vitales; por ejemplo, la palabra “pensar” viene del latín

pensare o “pesar”, “calcular” y la define como: “Formar o combinar ideas o juicios en la mente”. Además, otros autores afirman que el pensamiento es un conjunto de habilidades que se pueden aprender/enseñar, y delimitan cuatro dimensiones claves del pensamiento para ser consideradas en el marco escolar - metacognición: pensamiento crítico, resolución de problemas y pensamiento creativo (Báez y Goñi, 2016). En ese sentido, hay que ir más allá del texto y en el aula facilitar ejercicios que promuevan la capacidad de pensar, tanto grupal como individualmente. Hay que evaluar lo que los alumnos piensan de los contenidos, y hacer ese ejercicio con libertad plena.

Hay que propiciar la investigación que permite profundizar en la docencia y, desde luego, el conocimiento de las teorías que afianzan los contenidos por estudiar. No se debe hablar de enseñar a pensar, sin entender la vinculación con el concepto de pensamiento reflexivo de Dewey (Caparros, op. cit., p. 40): “Aprender, es aprender a pensar”. Además, lo considera “función principal de la inteligencia y en su poder supremo para que la lucha humana por la supervivencia desemboque en el triunfo de la innovación, del cambio y del progreso y en la derrota del statu quo”. Otra definición la ofrece Serrano (2005): “El pensamiento reflexivo rubricaría cierta mirada socrática: hazte cargo de ti mismo” (p. 7). Es importante la motivación, tanto del docente como del alumno, que permite a este último asumir el compromiso de mejorar su intelecto a través del autoaprendizaje fuera del salón de clases.

En diferentes informes de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) se persiste en la innovación y el rechazo del modelo tradicional por considerarse débil. Los expertos admiten que el método de docencia tradicional o “de transmisión” de información es sumamente ineficaz para enseñar las competencias y habilidades del siglo XXI, pero aun así sigue siendo ampliamente utilizado. A escala global se opina que los estudiantes deben adquirir destrezas como el pensamiento crítico y la habilidad de comunicarse con eficacia, e innovar y resolver problemas mediante la negociación y la colaboración; sin embargo, raras veces se ha adaptado la pedagogía para hacer frente a esos desafíos (Scott, 2015).

En una investigación se determinó que la mayoría de los docentes ponen esos aspectos en ejecución. Es muy importante desarrollar el pensamiento crítico y la resolución de problemas; por eso es por lo que el título de este trabajo indica: “una tarea en proceso”, pues falta mucho por hacer desde las aulas universitarias para lograr la anhelada calidad.

En las aulas universitarias aún se privilegia la formación teórica, ya que se asume que basta que sin mayor cuestionamiento los estudiantes apliquen esos conocimientos al abordar la realidad educativa (Tallaferro, 2006). Enseñar a los alumnos a pensar no es una tarea sencilla; por eso, en la plática con colegas docentes se escuchan comentarios como, por ejemplo, que a los estudiantes no les gusta leer, analizar, comentar o interpretar adecuadamente; sin embargo,

8 | Estudios Generales

coinciden en que les gusta buscar información en la Web (blogs y YouTube, entre otros).

Es indudable el compromiso que tienen las instituciones educativas para enseñar a sus alumnos a pensar y enseñarles a aprender. Es decir, el docente tiene que enseñar estrategias de aprendizaje y promover el esfuerzo del estudiante para facilitar la construcción de esquemas y el aprendizaje permanente (Tesouro, 2005). Por tanto, la tarea del educador no tiene que ser la de transmitir conocimientos, sino la de proporcionar al alumno sistemas amplios y funcionales de codificación de la información para posibilitar un aprendizaje inteligente.

El ser humano es capaz de pensar, en cuanto tiene la posibilidad para ello; pero esa posibilidad no garantiza que lo haga. Lo cierto es que el ser humano es capaz de hacer aquello que apetece (Heidegger, 2010, p. 15). En ese aspecto entra en juego el rol del docente, porque la memoria es la congregación del pensamiento. Los estudiantes son capaces de aprender lo que anhelan; por consiguiente, el papel del profesor es inducir al deleite con estrategias novedosas que despierten el interés de los discentes.

Es posible que la mayoría de los profesores coincidan en que los contenidos que se transmiten con el afán de los alumnos son cada vez más inciertos. La realidad es que estamos frente a un cambio económico, tecnológico y social que no tiene marcha atrás, por eso las preguntas obligadas serían: ¿qué es lo que hay que enseñar? ¿Qué necesitan saber los alumnos para incorporarse con éxito a la sociedad? (Vázquez, 2016).

En la práctica docente se hace cada vez más necesario desarrollar ejercicios, proyectos, actividades e investigaciones que sean producto de la cotidianidad y que surjan de manera espontánea desde el salón de clases. Es oportuno aprovechar el entorno educativo, el ambiente laboral de los alumnos y la experiencia del docente para aplicarlos en el salón de clases para desarrollar destrezas de la comprensión escrita y, sobre todo, del pensamiento en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

El lenguaje es un medio del pensamiento; sin embargo, la disposición a pensar en ocasiones está muy limitada en las aulas porque no se desarrolla el ejercicio de pensar en cada caso de estudio. Según Heidegger: "Lo que más merece pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que no pensamos" (2010, p. 17). En ese sentido, se infiere que es fundamental aprovechar cada momento de interacción con los alumnos para enseñarles a pensar, para que desarrollen su potencial para la resolución de problemas de la vida diaria.

Al trabajar en el aula con los alumnos es necesario evaluar sus posibilidades de creatividad, como refiere De Bono (1988): "Cada sombrero simboliza una forma de ver, una manera específica de pensar que no se preocupa tanto por describir lo ya ocurrido, sino que intenta vislumbrar lo que está por venir". Añade que eso permite expresar con libertad los puntos de vista lógicos.

En ese orden de ideas, se plantea que en el pensamiento vertical importa, ante todo, la

corrección lógica del encadenamiento de las ideas. En cambio, en el pensamiento lateral lo esencial es la eficacia de los resultados (De Bono, 2012, p. 2). La reflexión es una de las distintas formas de entender un problema cuyo enfoque debe lograr múltiples soluciones y no inclinar una sola vía de solución, lo cual implica un análisis y razonamiento adecuados para cada caso en particular.

Resulta necesario que los alumnos desarrollen sus talentos utilizando las herramientas disponibles en el aula y fuera de estas. Según expresara Benjamín Franklin (citado en Armstrong, 2017): “No ocultes tus talentos, se hicieron para que los utilices. ¿De qué sirve un reloj de sol en la sombra?” (p. 49). Es preciso dejar que los alumnos se expresen, que hagan comentarios para desarrollar sus potencialidades en el aula, aprovechar sus posibilidades y fortalezas en un ambiente distendido.

Hay que seleccionar las estrategias adecuadas para lograr que los alumnos piensen correctamente a pesar de las influencias y fuerza que ejercen las redes sociales, los teléfonos inteligentes y, desde luego, la tecnología en sentido general; enfatizar en la formación intelectual del discente, hacer ajustes a la metodología de enseñanza que conduzcan a la mejora de las competencias profesionales. Storig (2012) afirmó: “No se puede mostrar qué es lo que hay que pensar, sino cómo; partiendo de cualquier cosa dada, se tiene que avanzar pensando para llegar a los resultados correctos. No importan las herramientas, interesa que se logren los propósitos deseados” (p.9).

En la educación universitaria, la búsqueda de contenidos a través de internet requiere ser guiada, ya que se convierte en una dificultad cuando no se planifica ni se explica su relevancia en la nueva generación de estudiantes. Existen innumerables fuentes que aportan a la intelectualidad, al conocimiento y al desarrollo en contextos académicos; sin embargo, la cantidad de información provoca, en algunos casos, dejadez e irresponsabilidad al momento de producir textos originales.

Desde las aulas universitarias, hay que enfatizar en los estudiantes la necesidad de pensar sobre la base de realidades concretas. Se deben utilizar las tecnologías que tanto atraen a la nueva generación de alumnos; hay que integrar el contexto actual, dada la diversidad y facilidad que tienen los discentes para obtener información en tiempo real. Hay que motivarlos de manera transversal en todas las asignaturas y, desde luego, propiciar el desarrollo de destrezas que afiancen el pensamiento crítico, reflexivo, creativo y analítico.

Pérez M. (citado en Báez y Goñi, 2016) plantea que enseñar a los alumnos a desarrollar procesos de razonamiento basados en la metacognición constituye una mejora en el desarrollo del pensamiento, en la adquisición de habilidades cognitivas superiores (metamemoria), en la propia construcción de conocimientos y, en definitiva, contribuye a la formación de estudiantes más maduros e independientes. En ese sentido, hay que trabajar actividades metacognitivas que promuevan el desarrollo y el control sobre los procesos del pensamiento.

Conclusiones

En la actualidad, la competitividad y la necesidad de producir conocimiento desde las aulas requieren mucho dinamismo. La innovación y transformación constantes de la sociedad moderna implican la urgencia de sostener un cambio permanente.

De acuerdo con las investigaciones realizadas y con lo que plantea el contenido de este artículo, no hay consenso entre los especialistas respecto de cómo enseñar a pensar. Por consiguiente, se infiere que no es una tarea sencilla: es una tarea en proceso. Sin embargo, se puede decir que para enseñar a los alumnos a pensar hay que trabajar los contenidos en el aula con energía, motivación y pasión. Es recomendable desarrollar actividades que se relacionen con las problemáticas que se susciten en la cotidianidad, pero que sean inéditas, que constriñan a desarrollar el pensamiento, el análisis y la reflexión.

Enseñar a pensar es un compromiso compartido entre el docente y el discente. Estos deben trabajar como equipo con el objetivo de desarrollar el pensamiento crítico para que cada estudiante logre construir sus aprendizajes estableciendo diferencias conceptuales, hacer inferencias, analizar correctamente, producir e interpretar las ideas que se ciernen en el salón de clases.

Hay que insistir en el debate de las ideas desde las aulas, desarrollar antítesis (anteponer datos), evitar la subjetividad para que el egresado pueda obtener opiniones concretas. Significa que el debate debe ser plural, para propiciar que la

libertad y el respeto por la opinión de los demás surjan en un ambiente distendido. Hay que educar para resolver problemas de la sociedad; trabajar para que el estudiante entienda que el objetivo final no es solamente conseguir un empleo por el título que va a obtener, sino más bien lograr una dimensión integral con mayor profundidad.

Hay que buscar estrategias que favorezcan el cultivo del conocimiento, lo cual es fundamental para producir una visión holística de la realidad con la cual se ha de lidiar e interactuar diariamente. Es, en definitiva, lo que va a garantizar la competitividad, la adaptabilidad y el éxito de las presentes generaciones en la adquisición de los factores indispensables para enfrentar de manera decidida los retos del presente siglo. Por lo tanto, la actualización de los contenidos –y, de paso, la motivación de los docentes a asumir un compromiso por el futuro–, la calidad y la pertinencia del papel que deben desempeñar los profesores, son parte de algunas de las tareas en proceso.

Referencias

- Amadio, M; Opperti, R. y Tedesco, J. (2014). Un currículo para el siglo XXI: desafíos, tensiones y cuestiones abiertas. Documentos de Trabajo, Investigación y Prospectiva en Educación, Unesco. Recuperado en fecha 10 de octubre, 2019 de: <http://www.ibe.unesco.org/sites/default/files/resources/229458s.pdf>
- Águila, E. (2014). Habilidades y estrategias para el desarrollo del pensamiento crítico y creativo en alumnado de la Universidad de Sonora (Tesis de doctorado), Universidad de Extremadura, España. Recuperado en fecha 15 de octubre, 2019 de: http://dehesa.unex.es/bitstream/handle/10662/1774/TDUEX_2014_Aguila_Moreno.pdf?sequence=1
- Armstrong, T. (2017). *Inteligencias múltiples en el aula*, Barcelona, España: Editorial Espasa Libros.
- Báez J. y Goñi, O. (2016). Una revisión de tres modelos para enseñar las habilidades del pensamiento en el marco escolar, *Perspectiva Educativa, Formación de Profesores*, vol. 55, núm. 1, enero, 2016, pp. 94- 113. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso Viña del Mar, Chile, obtenido en fecha 18 de octubre, 2019 en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=333343664007>
- Caparros, A. (1998). "Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre el pensamiento reflexivo y proceso educativo", recuperado el 17 de octubre, 2019 de: <https://es.slideshare.net/tomasrg/como-pensamos-de-jhon-dewey>
- Clark, H. (2016). Educación 2030: Declaración de Incheon y Marco de Acción para la realización del Objetivo de Desarrollo Sostenible 4: Garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad y promover oportunidades, obtenido en fecha 18 de octubre, 2019 de: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000245656_spa PNUD
- De Bono, E. (1988). *Seis sombreros para pensar*, recuperado en fecha 11 de octubre, 2019 de: <https://www.leadersummaries.com/resumen/seis-sombreros-para-pensar>
- De Bono, E. (2012). *El pensamiento lateral* (2da. ed.), Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Diccionario de Real Academia Española de la Lengua Online (2013), recuperado de: <https://dle.rae.es/?id=STY14i0jSTayfGw>
- Heidegger, M. (2010). *¿Qué significa pensar?* Madrid, España: Editorial Trotta.
- Morin, E. (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, publicado en octubre de 1999 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - 7 place de Fontenoy - 75352 París 07 SP, Francia, recuperado en fecha 13 de octubre, 2019 de: <http://www.ideassonline.org/public/pdf/LosSieteSaberesNecesariosParaLaEdudelFuturo.pdf>
- Mora, F. (2019, 5 de septiembre). Recuperado en fecha 15 de octubre, 2019 de: <https://www.educaciontrespuntocero.com/entrevistas/francisco-mora-el-cerebro-solo-aprende-si-hay-emo-cion/33224.html>

- Storig, J. H. (2012). *Historia universal de la Filosofía*, Madrid, España: Editorial Tecnos. www.aufop.com/aufop/uploaded_files/articulos/1224455164.pdf
- Saiz, C. (2002). Enseñar o aprender a pensar. *Escritos de Psicología*, 6, 53-72. Recuperado en fecha 12 de octubre, 2019 de: <http://www.pensamiento-critico.com/archivos/escritosps.pdf>
- Scott, C. L. (2015). El futuro del aprendizaje 3. ¿Qué tipo de pedagogías se necesitan para el siglo XXI? *Investigación y prospectiva en Educación*, Unesco, París. [Documentos de Trabajo ERF, No. 15]. Recuperado en fecha 17 de octubre, 2019 de: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000243126_spa
- Serrano J. (2005). Reseña de "Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo" de John Dewey, *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, vol. 7, núm. 2, julio-diciembre, 2005, pp. 154-162, Universidad Intercontinental Distrito Federal, México, obtenido en fecha 14 de octubre, 2019 en : <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80270211>
- Tallaferro, D. (2006). La formación para la práctica reflexiva en las prácticas profesionales docentes, *Educere*, vol. 10, núm. 33, abril-junio, 2006, pp. 269-273. Universidad de los Andes Mérida, Venezuela (revista) Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35603309> (obtenido en fecha 14 de octubre, 2019).
- Tesouro, M. (2006). Enseñar a aprender a pensar en los centros educativos, incluso en las actividades de evaluación, *Reifop* 9 (1), <http://www.aufop.com/aufop/home/> y https://www.aufop.com/aufop/uploaded_files/articulos/1224455164.pdf
- Vázquez, R. (2016). Enseñar a pensar: el aprendizaje del futuro. Recuperado en fecha 11 de octubre, 2019 de: <http://blog.tiching.com/ensenar-a-pensar-el-aprendizaje-del-futuro/>

